II

Entre las víctimas que se ofrecían en el antiguo Templo, era el cordero el principal sacrificio de la Ley y lo que mejor representaba la Pasión de Jesucristo. "Jesucristo se llama Cordero por la pureza de su vida, por la mansedumbre que ejercitó en su santísima Pasión, y por haber expiado nuestros pecados con el precio de su Sangre„ (1). Mas antes de decir algo sobre el particular, recordemos lo que nos dice San Juan en el Apocalipsis: "En medio del solio y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, vi que estaba como inmolado un Cordero... el cual vino y recibió el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el solio, y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo todos cítaras y copas ó incensarios de oro, llenos de perfumes, que son las oraciones de los santos. Y cantaban un cántico nuevo, diciendo:—Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque Tú has sido entregado á la muerte, y con tu Sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, y lenguas, y pueblos y naciones. Con que nos hiciste para Dios Reyes y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra„ (2).

(1) A. III, ad 2.um.
(2) V, 6-10.

También nosotros nos postramos ante ese Cordero divino, entonando sus alabanzas y bendiciendo la gloria de su Corazón dulcísimo. "Digno es el Cordero—exclamamos—de toda honra y bendición y gloria por los siglos.„ Que los ángeles presenten en sus copas de oro nuestras alabanzas al Cordero de Dios, y nos alcancen luz y amor á fin de que podamos meditar en la pureza, en la mansedumbre y en la caridad del Hijo de Dios, que á costa de su Sangre quiso redimirnos del pecado.

Pensar en la pureza de nuestro amadísimo Señor, de quien está escrito que es como una exhalación de la virtud de Dios, como una pura emanación de la gloria de Dios Omnipotente, por lo que no tiene lugar en El ninguna cosa manchada, como que es el resplandor de la luz eterna y espejo sin mancilla de la majestad de Dios é imagen de su bondad (1); es elevarnos á lo más encumbrado de los cielos; poner los ojos en la fuente de la luz increada; contemplar, siquiera sea al través de los cándidos velos de la fe, la generación del Verbo; su eterno nacimiento del seno del Padre; es oir aquellas palabras que encierran un misterio incomprensible, llenas de majestad y de grandeza: "Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado.„ He ahí un misterio que asombra; una región en la cual no podemos penetrar, santa, adorable, y donde vive eternamente el Unigénito del Padre; y en esa

(1) Sap., VII, 25-26.

región está la fuente de la luz; y esta luz es infinita pureza, santidad eterna que el Padre comunica á su Verbo, que es el resplandor y la imagen substancial de su eterno y divino principio, y ese resplandor jamás amortigua ni empaña su brillo, porque es la virtud de Dios, que nunca desfallece ni sufre cambio alguno.

El Hijo de Dios procede eternamente del Padre. "Mas toda procesión—dice el Angélico Maestro—supone alguna acción, y cuando ésta tiene algún objeto exterior, hay procesión *ad extra;* empero cuando la acción es inmanente, ó que permanece en el agente, hay procesión *ad intra.* Esto se ve con toda claridad en el entendimiento, cuya acción de entender permanece en el sujeto que entiende, y en éste, en el mismo hecho de entender, se realiza una procesión dentro de él mismo, que es la concepción del objeto entendido, que proviene de la facultad intelectiva y procede de su conocimiento. Ahora bien; estando Dios sobre todas las cosas, lo que de El se diga no debe entenderse al modo de las criaturas ínfimas, cuales son los cuerpos, sino á semejanza de las más elevadas, que son las substancias espirituales; y aun en éstas, no viendo sino un pálido reflejo ó una imagen imperfecta de la divinidad... Además, la concepción intelectual es tanto más íntima é idéntica al sujeto inteligente cuanto mejor conoce éste el objeto; porque según el entendimiento entiende en acto, así se hace más uno con el objeto entendido. Por esto,

siendo el entender divino infinitamente perfecto, necesariamente el Verbo es perfectamente uno con aquel de quien procede... Y esta procesión es verdadera generación, porque procede por modo de acción inteligible, que es operación de vida, y de un principio al que está unido, y conforme á la razón de semejanza, ya que la concepción intelectual es la imagen de la cosa entendida y existe en la misma naturaleza, dado que en Dios el ser y el entender son una misma cosa... Y por esto el Verbo procede como subsistente de la misma naturaleza; y se dice con toda propiedad engendrado é Hijo... Y en Dios lo que es engendrado recibe el ser del que lo engendra, no como si fuese recipiente de ese ser alguna materia ó sujeto, lo cual repugna á la subsistencia del Ser divino, sino que se dice que es recibido, en cuanto lo procedente de otro tiene el Ser divino sin que exista como diverso de ese ser, porque en la perfección de este mismo se contiene tanto el Verbo procedente por modo inteligible como su principio, y asimismo cuanto pertenece á la perfección„ (1).

¡Oh profundidad insondable! Podemos preguntar con el Apóstol: "¿Quién ha conocido los designios del Señor ó quién fué su consejero?„ (2). Sin embargo, entre las sombras del misterio podemos descubrir y confesamos que

---

(1) I. P., q. XXVII, a. I, et ad 2.um; a. II, et ad 2.um et 3.um.

(2) Rom., XI, 34.

el Padre y el Hijo son un solo Dios verdadero, y que así como el Padre no precede al Hijo en la eternidad, ni lo excede en la grandeza, ni lo supera en el poder, así tampoco le aventaja en la santidad y en la pureza, sino que la pureza y santidad del Padre son también la pureza y santidad del Hijo, en quien están todas las riquezas de su eterno y divino principio.

Desde este punto de vista, la pureza del Hijo de Dios arrebata y encanta nuestras miradas y tenemos qué exclamar, aplicando á la pureza del Hijo de Dios lo que decía Salomón de la Sabiduría divina: "Yo la amé, la busqué desde mi juventud, procuré tomarla por esposa, y quedé enamorado de su hermosura. Realza su nobleza la estrecha unión que tiene con Dios. Y además, el mismo Señor de todas las cosas la ama... Si en esta vida se codician las riquezas, ¿qué cosa hay más rica en esplendor y gracia que esa pureza divina?... Propuse traerla á mi casa para tenerla conmigo, sabiendo que me dará todos sus bienes y será el consuelo en mis penas y cuidados... Hallaré en ella mi reposo, porque no hay amargura en su conversación, ni causa tedio su trato, sino antes bien, consuelo y alegría„ (1).

Si nuestros ojos quedan ofuscados al contemplar, siquiera sea al través de los velos de la fe, el esplendor divino, la inmensa claridad, el río de luz vivísima y hermosa que sale del

(1) Sap., VIII.

seno del Padre; pongámoslos en el Misterio de la Encarnación, donde la luz de aquella pureza se dejará contemplar, suave y apacible como el amor que se humilla por causa de su amado, y llena de encantos como una hermosura divina que ha descendido del cielo, á fin de cautivar nuestras miradas y llevar en pos de sí nuestro cariño.

La pureza del Hijo de Dios hecho hombre por nosotros... es tan perfecta, que Dios mismo quiso preparar el terreno en que había de morar, con tanta diligencia, y con un amor tan grande, que bien nos revelan que en ella habría de tener sus complacencias el Altísimo. No sólo fué preparada, sino también anunciada la pureza de aquel templo de Dios, con el más solemne y hermoso vaticinio: "El Señor—dijo Isaías—os dará una señal. Sabed que una Virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel.„ Dijo también el Profeta: "Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor, y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y estará lleno del espíritu del temor del Señor„ (1). Ese templo sagrado en que el Hijo de Dios se había de hacer hombre, era el seno de María, Virgen purísima y sin mancha ninguna de pecado; María, que concibió por obra del Espíritu

(1) VII, 14; XI, 1-3.

Santo. "La carne de esta Niña fué la carne de Cristo, quien tomó—dice el gran Santo Tomás, —la naturaleza humana sin pecado en aquella pureza que tenía en el estado de la inocencia„ (1). Antes había dicho San Agustín, explicando estas palabras de San Juan: "El que ha venido de lo alto es superior á todos. De lo alto vino Cristo, esto es, de la altura de la naturaleza humana que tuvo antes del pecado del primer hombre.„

La pureza de nuestro amado Señor es tan hermosa, que siendo El bellísimo entre todos los hijos de los hombres, parece que todos sus encantos se ocultan casi enteramente al contemplar aquella santísima virtud; he aquí por qué un Profeta preguntaba con ansia: "¿Cuál será el bien venido de El y lo hermoso que de El nos vendrá, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes?„ (2). La perfección de la bondad y los encantos de la belleza; he aquí los vivos resplandores de la pureza de nuestro amado Señor; todo en ella es perfecto; todo en ella cautiva el corazón. Allí está la virtud del Dios Omnipotente, que cubre con su sombra á la más pura de todas las vírgenes; allí el Espíritu divino que forma el cuerpo de Jesús de la purísima Sangre de María, y allí el Hijo de Dios, que toma la naturaleza humana del seno de esa Virgen. Misterio de bondad, de

(1) III P., q. XIV, a. III.
(2) Zach., IX, 17.

perfección y gracia, es la obra de Dios, de su sabiduría infinita, de su poder, al que nada resiste, de su bondad inmensa.

Al contemplar esa pureza, parece que se ocultan las otras gracias y encantos de Jesús, y es que aquella santísima virtud se viste y engalana con todas esas gracias, y así la contemplamos adornada con la hermosura de la pobreza, y el rendimiento de la humildad, y la energía de la fortaleza, y la dulzura del amor. Nace de una Virgen concebida sin pecado; pero ella sólo tiene pobres pañales en que envolverle, y un pesebre en que reclinarle. Cuando el Niño crece, su conversación es con los humildes y sencillos, y después, cuando predica su celestial doctrina, es inflexible al condenar el vicio, y le persigue hasta el fondo del corazón, á fin de condenarle en todas partes y hacer que por doquiera reine la más hermosa de todas las virtudes, y nos la deja contemplar dulcísima y amable y llena de santa caridad. Ved, si no, cómo recibe á una mujer pecadora en casa de Simón; esa mujer riega con sus lágrimas los pies del Salvador, los limpia con sus cabellos, los cubre de besos y los unge con precioso bálsamo. "Y el Salvador no dice—comenta San Agustín,—como pudiera haber dicho el fariseo: —Apártate de mí porque soy puro;—mas al contrario, lleno de bondad y de clemencia, admite los obsequios de aquella pecadora para cambiarla en santa y enriquecerla con tesoros de santidad y de pureza.

Si la pureza de nuestro amado Señor se adorna con las demás virtudes del divino Maestro, tambien las viste con su hermosísimo y cándido ropaje y las penetra de su fragancia divina, y la humildad, y la pobreza, y la paciencia, y la fortaleza, y la caridad del corazón de nuestro Amado, derraman sin cesar torrentes de purísima luz, y difunden por doquiera celestial perfume, y las miradas, y las palabras, y todas las acciones del divino Maestro, llevan el sello de aquella preciosísima virtud. Bellísimo es contemplar un cuadro tan hermoso, iluminado por una luz tan pura, y que va descubriendo á cada instante nuevos matices y nuevos rasgos de un encanto indefinible y de una perfección desconocida. ¡Cuán hermosa y amable se nos presenta entonces la humildad de Jesús, que, ó bien nos le oculta en el seno de María rodeado de azucenas, ó bien descansando en los brazos virginales de esta tierna Madre, y la penitencia de Jesús que le lleva al desierto en alas de santísima inocencia, y su amor á los hombres, que si bien permitió que fuese blasfemado, no quiso, sin embargo, que llegase á decirse siquiera una palabra, que lastimara la santidad de su conducta. Era inmenso su amor á la pureza y la guardaba en su corazón dulcísimo, cual tesoro de inestimable valía, y en ella cifraba, por decirlo así, todos sus encantos y delicias. ¡Bendito sea mil veces quien tanto amó la pureza!

En el Cordero de Dios, que se apacienta

entre azucenas, brilla también la mansedumbre. Bástanos recordar, para comprenderlo, aquellas sus palabras dulcísimas: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón„ (1). Isaías había dicho del futuro Redentor: "Será conducido á la muerte sin resistirlo, como va la oveja al matadero, y guardará silencio, sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que le esquila„ (2). San Pedro dijo también, refiriéndose á los padecimientos de Jesucristo: "Cuando le maldecían, no retornaba maldiciones; cuando le atormentaban, no prorrumpía en amenazas, antes se ponía en manos de aquel que le sentenciaba injustamente„ (3). Incontables pruebas dió durante su santísima vida de la dulzura y mansedumbre de su Corazón. ¿Cómo no recordar que cuando los judíos le llamaron samaritano y endemoniado, su Majestad se contentó con responder: "Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado„ (4). Si los judíos repiten su blasfemia, Jesús les contesta: "Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada vale; es mi Padre quien me glorifica.„

Al pensar en todo lo anterior, recordamos estas palabras: "Decid á la hija de Sión:—Mira

---

(1) Matth., XI, 29.
(2) Isa., LIII, 7.
(3) I Ep., II, 23.
(4) Joann., VIII, 48-49.

que viene á ti tu Rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino„ (1). Vedle, decimos también nosotros, y ponemos los ojos en nuestro amadísimo Jesús. ¡Oh, cuán dulce es la expresión de su semblante; cuán amables son sus miradas! Nos están diciendo que su mansedumbre es infinita, y que el Corazón de nuestro Amado es fuente inagotable de clemencia y bondad, y acercándonos á esa fuente divina quisiéramos beber en ella sin tasa ni medida las aguas de su amor.

La mansedumbre de nuestro amado Señor es el atractivo dulce y misterioso que hacia Él nos encamina con una suavidad incomparable. Soy manso y humilde de corazón... Al oir palabras de tanto consuelo y que llenan de esperanza nuestras almas, pensamos en Él, suspiramos de amor y decimos:—¡Oh, cuán bueno es nuestro Jesús querido, cuán bueno es!—Y al encontrarse nuestras miradas con las suyas quedamos inundados de inefable dicha, de gozo celestial, y cual si olvidar pudiésemos su infinita grandeza, nos arrojamos llenos de confianza á sus divinos pies, sin temer que llegue á decirnos como á Magdalena: "No me toques„; que antes bien Él se nos acerca y nos ofrece sus pies, sus manos y su Corazón dulcísimo, y nos deja reposar en este divino santuario, en este templo de Dios, en este horno de inextinguible y ardorosa caridad, donde tenemos que

1) Matth., XXI, 5.

cantar sus alabanzas, bendecir su gloria, abrasarnos y consumirnos en las llamas de su amor divino.

He ahí adónde nos lleva la mansedumbre de Jesús y la dulce mansión en donde nos hace vivir.

"El Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo, fué sacrificado por nosotros desde el origen de los tiempos, desde *ab aeterno* fué decretada la Pasión y Muerte de nuestro divino Redentor, y por los méritos de su preciosa Sangre los elegidos fueron predestinados y escritos en el libro de la vida. Fué también sacrificado desde el origen del mundo en sus símbolos y figuras. Fué muerto en Abel, burlado en Noé, peregrinó en Abrahán; fué ofrecido en Isaac, se sujetó á la servidumbre en Jacob, fué vendido en José, expuesto y desterrado en Moisés, apedreado en los Profetas, y padeció en los Apóstoles y mártires„ (1). Desde la misma eternidad el Hijo de Dios quiso morir por nosotros, y su voluntad no tendría que cambiar, y era la expresión de su amor infinito á los hombres. ¿Quién podrá explicarnos la razón de todo esto? Si fuera de Dios quisiéramos buscarla, no la hallaríamos jamás, y en Dios nos es incomprensible. Sólo podemos decir:—Así lo quiso porque su bondad es infinita, y se dignó inclinarse al mundo para hacerle bien; mas dando una mirada á nuestra gran miseria, á nuestras

(1) S. Paulin., ap. Alapide, Sric.

ingratitudes y maldades, aquella bondad, en la efusión de su ternura, produce en nuestras almas un asombro que nos saca de nosotros mismos. No, no hay palabra que pueda explicarla, ni hay inteligencia que llegue á comprenderla; sólo descubrimos que nos tiene por todo extremo obligados. ¿Qué haremos, pues, en tales circunstancias, cuando la grandeza del amor y la bondad exceden sin medida nuestra comprensión, y sin embargo, nos manifiesta cuán obligados nos tiene el que desde la misma eternidad quiso sacrificarse por nosotros, y nos amó con generoso y ardentísimo cariño? ¿Qué hacer en nuestra ignorancia y miseria á fin de pagar cuanto esté de nuestra parte lo que debemos á Jesús? Él es nuestro hermano, y nos ha dado su Corazón divino, que es un tesoro de infinito precio; con ese Corazón tenemos que amarle, cantar su gloria, bendecir su Nombre y ofrecerle los méritos de su Pasión y Muerte, entrando en ese purísimo santuario podremos comprender con todos los santos, estando arraigados y cimentados en la caridad, cuál sea la dilatación y la extensión, la elevación y la profundidad del misterio de Jesucristo y de su amor hacia nosotros, que sobrepuja á todo conocimiento, á fin de ser plenamente colmados de todos los dones de Dios (1).

Pensar en que el Hijo de Dios es el Cordero sacrificado desde el origen del mundo, y en

(1) Ephes., III, 17-19.

que nos amó desde la misma eternidad, es para nosotros causa de inefable gozo; nos recreamos santamente en ese su amor eterno, y descansamos en su seno con una paz dulcísima; estábamos como dormidos en sus brazos; pero vivíamos para Él. ¡Oh, si desde entonces hubiéramos podido amarle! Mas Él conocía también desde entonces el amor que habíamos de tenerle, y esto nos consuela pensando en aquella tristísima impotencia. Además, si así como ahora intercede por nosotros, según dice San Pablo (1), y suple nuestras faltas, y ama á su divino Padre por los hombres, así desde la misma eternidad fueron aceptos al Eterno los méritos de la preciosa Sangre y de la Muerte de su santísimo Hijo nuestro Señor Jesucristo.

¡Bendito sea Él, nuestro Jesús querido—exclamamos al terminar este capítulo.—¡Bendito sea el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo por su infinita pureza y su mansedumbre incomparable, y porque quiso sacrificarse por nosotros! Él es nuestra esperanza, Él nuestro amor ahora y para siempre. Amén

(1) Hebr., VII, 25.